

ber sido igualmente deslumbrante para los ojos niños de la especie, el hombre primitivo.

Impulsos semejantes han dado pie, en ciertos poetas, a algunos libros muy tocantes y que, quizá por ello mismo, han logrado alcanzar no poca difusión. Libros como *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez y, salvando las distancias, en las letras argentinas, *El tiempo más hermoso*, del fallecido Jorge Vocos Lescano. A tan digno linaje, a esa estirpe entrañable, viene a agregarse ahora este limpiísimo libro de madurez del conocido poeta jujeño.

Si bien el volumen me impactó desde un comienzo, no sólo por su bella factura (editorialmente hablando) sino también por ese título ejemplar, tan logrado, pocas veces me tocó —en los últimos tiempos— gozar tanto de unas páginas leídas. (Y no ha de ser sólo porque, a ciertas alturas, toda infancia tan fuertemente revivida resulta en cierta forma, asimismo, nuestra propia infancia y aun la de todos, o porque yo también tuve la suerte de convivir cierto tiempo, varias veces, con la querida Maimará.)

En primer lugar, lo que se vuelve aquí —al menos, a mi modesto entender— francamente contagioso, es ese lazo de unión entre lenguaje y experiencia que, extrapolando, en su momento más logrado, constituye (precisamente) al poema. Y, también, como si eso fuera poco, no sólo el encendido revivir de una niñez deslumbrada, que ya dijimos, sino asimismo un paisaje y un medio, un aire y una gente. En ese maravilloso tramo de la quebrada que está entre Humahuaca y Maimará, al que sin exageración se califica aquí como de los más bellos del mundo, renace un universo de caballos y jinetes, de amores y de fiestas, de trabajos y lecturas que, en su entramado, va recogiendo —para que no se pierdan, como explicita su autor— algunas de nuestras más ricas tradiciones.

Por todo ello: lenguaje, sentimiento, relaciones, panorama e historia, debemos agradecer a Jorge Calvetti, de todo corazón, el alto don de este libro briosamente luminoso, que debería ser incluido sin duda alguna en los programas de lectura propuestos a nuestros estudiantes. Como una auténtica fuente de Juvencia, para nosotros, los que ya vivimos tiempos acaso similares, aunque no de las mismas características, y como una fuente de sapiencia para los más jóvenes, que no tendrán quizá la dicha de convivir con paisajes y personajes (caballos

incluso) como los que tan sentidamente nos retrata este singular y cabal «gaucho con anteojos».

Rodolfo Alonso

Escenarios. Santiago Sylvester. Madrid, Editorial Verbum, 1993

Escenarios, el último libro de poemas del argentino Santiago Sylvester —recientemente galardonado con el premio «Jaime Gil de Biedma de poesía»—, aborda el tema de los límites en la construcción del espacio poético. Como el propio autor afirma en el prólogo de *Entreacto*, toda reflexión sobre qué es la poesía es inútil puesto que tiene una base inestable. Sin embargo, no carece de sentido preguntarse dónde está la poesía. El libro ensaya una respuesta y esto implica un proceso de búsqueda en el cual el autor va organizando con la mirada ese caos o dispersión de imágenes que lo asaltan. Su problema consiste en hallar el hilo invisible que une los opuestos y que tiende puentes entre la realidad y su apariencia.

En *Escenarios* el poeta se nos presenta en ocasiones como un espía oculto en un punto desde donde puede ver la representación y a los espectadores. Sin juicios morales y sin certezas, nos ofrece una visión fragmentada de la realidad. Porque, consciente de que toda mirada es una distorsión, Sylvester sólo puede expresar su desconcierto y sus dudas acerca de la existencia.

Como el objetivo de una cámara, los ojos recorren la escena, separados del sujeto, carentes de todo sentimiento: «un par de ojos mira a la figura central/ o bien se desentiende sin que podamos evitarlo/ ¿Por qué mira./ por qué se desentiende?». El poema no responde a esa pregunta, pues la idea que desarrolla es que la vida no necesita argumentos para justificarse. La gaviota busca su rumbo aunque no pensemos en ella. El caballo muerto se hamaca en la rompiente, sirviendo de alimento a la fauna acuática, nos dice en *La siesta*.

Para el autor de *Escenarios* todas las cosas actúan en monótona armonía y sólo sirven de pretexto a la siesta del universo. De modo que los seres y las cosas son una

forma de expresión de la vida. Sustancias como el ají, la sémola, la pimienta, la papa o el pastel de choclo, respiran, son, están en el mundo y su función es activar el tejido vital. Asimismo habitan con nosotros las jarras, las macetas, las sillas, los escritorios o las ventanas, objetos que, dispuestos de una manera lógica, constituyen el rincón donde se acomoda la existencia.

En medio de ese vasto universo a los seres humanos les corresponde el papel de actores de paso: la mujer que plancha, el hombre de la pala, el que golpea la mesa, el que toma el sol, el que riega las plantas. Todos ellos representan su papel, mientras son jóvenes, porque cuando la juventud acaba, dice el poeta, «ya no somos capaces de representar un personaje».

Otro de los temas recurrentes en la poesía de Sylvester es la percepción del yo escindido. La sospecha —muy borgiana, por cierto— de que otro nos habita y actúa en nuestro nombre se manifiesta en *Un caso común*: «Qué puedo decir de este hombre que ocupa mi lugar» o en *Espejo*: «ese hombre que me mira/ no soy yo ni es mi reflejo». Tal duda contagia al poeta y cuestiona a fondo la eficacia de su papel en el escenario del mundo. Dudá que él resuelve en *Palabras*: «No se trata de juntar palabras sino significados: la/ persistencia de alguien que acaso sea yo». Hallar significados en un mundo sin argumentos puede ser, en consecuencia, la finalidad del poema.

Sylvester busca ese punto de mira donde se puede saber «si el puente es un comienzo o un final o un vínculo». Por tal razón, el tema de los límites resulta extremadamente complejo. Tal vez uno de los poemas ayude a resolver el dilema que las poéticas aún no han resuelto: «El problema son los límites:/ saber dónde acaba la belleza y empieza/ su falsificación,/ dónde el argumento se convierte en sospecha/ de que no es posible convencer a nadie». Precisamente de esa infinita desconfianza se alimenta la poesía de Sylvester.

Dónde parece ser la eterna pregunta que se nos plantea, porque el poema responde con interrogantes. ¿Dónde están los límites entre lo poético, entendido como belleza y lo no poético entendido como su falsificación? Tampoco podemos determinar el adentro y el afuera, ni lo que existe y lo que ya no existe, ni el punto donde el ser acaba y empieza su sombra como una vaga y casi inexistente proyección. Tal vez el espacio poético está justo en el umbral, en los límites entre lo que vive y

su representación. Quizás Emily Dickinson ya lo había sospechado. Por eso no es gratuito que Sylvester haya elegido uno de sus versos como epígrafe del libro, para definir la poesía: «El impenetrable puente/ que sostiene lo que no vemos/ en la escena que no vemos».

El corazón de un poeta. Enrique Santos Molano. Bogotá, Nuevo Rumbo Editores, 920 páginas

Esta biografía de José Asunción Silva no es sólo un intento por explicar las circunstancias de la muerte del poeta colombiano. Es también la biografía de un país marcado por los intereses de una clase política formada por comerciantes usureros, resistentes al progreso y ajenos a las necesidades del conjunto de la sociedad.

Santos Molano, sin duda un minucioso investigador, se remonta hasta los orígenes familiares de Silva. Descendientes de los masones que Luis XVI expulsara de Francia, y de Francisco de Paula Santander, detrás de los Silva hay próceres y sociedades secretas. Intrigas políticas, procesos judiciales, traiciones y chismes de parroquia, en los que se ve involucrada la familia, marcarán el destino del poeta.

Santos Molano se apoya en una extensa documentación —que contrasta, refuta o aclara a lo largo del trabajo—, partidas de nacimiento, artículos de periódico, correspondencia, memorias, etc. Su objetivo es sustentar la tesis de que Silva fue asesinado. El posible culpable: Hernando Villa, hijo de un prestamista que años atrás había ejecutado en los juzgados a José Asunción. El interés del autor es desvirtuar los tópicos en los que se apoyan quienes nos presentan la leyenda del suicida. Dichos tópicos son: la depresión que le causaba el anonimato al que lo condenó la sociedad bogotana, la ruina de su fábrica de baldosines, la inferioridad de su medio frente a sus aspiraciones de grandeza y los amores incestuosos por su hermana Elvira.

Santos Molano ejerce de abogado de la defensa, más que de sociólogo o crítico literario. Quizá su incondicional admiración por Silva y su afán desmitificador expliquen algunas de sus imprecisiones conceptuales. Para Santos Molano, Silva no es modernista porque era «un poeta pensador», pues, a su juicio, el modernismo no agitó ideas ni aportó elementos útiles para el cambio

social. Tal vez el autor ignora que el ensayo fue uno de los géneros más frecuentes entre los modernistas y que este género se proponía ante todo agitar ideas. Pese a estas lagunas teórico-críticas, su original interpretación de las fuentes documentales constituye sin duda un valioso aporte e invita a revisar lo que hasta ahora se ha escrito sobre el autor de *Gotas amargas*.

Nadie encendía las lámparas. Felisberto Hernández. Madrid, Cátedra, Col. Letras Hispánicas, Edición de Enriqueta Morillas, 1993

Entre el modernismo y la vanguardia, este «raro» escritor fue, por los años veinte y treinta, un conocido músico y pianista de cartel en Buenos Aires y Montevideo. *Nadie encendía las lámparas*, libro que en su momento significaría la consagración de su autor, es el conjunto de cuentos más logrado, dentro de su universo narrativo. Admirado por García Márquez, Rulfo y Cortázar, Felisberto Hernández es considerado como uno de los fundadores de la modernidad en América Latina.

Este conjunto de relatos, explica Enriqueta Morillas, culmina el universo ficcional de Felisberto Hernández, representante de una estética antirrealista que abre paso a un marcado extrañamiento frente a las convenciones sociales y el curso normal de los hechos y su interpretación habitual. En ellos se profundizan las propuestas sinestésicas del modernismo, al combinar sonidos, olores y efectos visuales dejando que el ritmo interior subjetivo del músico y el escritor guíe el mundo de los objetos y los actos.

Neruda-De Rokha, la escritura total. M. A. Jofré y N. Nómez. Santiago de Chile, Ediciones Documentas-Ediciones Cordillera, 1992, 214 páginas

Este trabajo aborda la obra poética de los chilenos Pablo Neruda y Pablo de Rokha, en quienes se plasma una vertiente fundamental de la poesía latinoamericana contemporánea, la de las vanguardias que se independizan de la influencia europea.

El libro abarca tres momentos decisivos en la vida de los poetas en cuestión. En la primera época, que va de los años veinte a los treinta, se analizan la poesía «romántico-

modernista» y «romántico-anarquista» de Neruda y Rokha, respectivamente, y se explica su universo poético desde la estética vanguardista y surrealista. En la segunda época, que va de los años treinta a los cincuenta, se analiza la influencia del realismo social, en Neruda, y de la lírica popular, en Rokha. En la tercera época, que abarca los años cincuenta y setenta, se abordan temas como el estoicismo apolíneo en la obra póstuma de Neruda y la poesía como totalidad de lo real en Rokha.

En las memorias de estos dos poetas, tanto como en su obra póstuma, los autores señalan interesantes puntos de encuentro y diferencias fundamentales. En Neruda, afirman los autores, la armonía sintética entre la vida y la muerte lograda en su vida y obra, se manifiesta en una vuelta al seno materno, simbolizado por la imagen del mar. En Rokha, en cambio, perdura la del fuego purificador que aniquila, pero que, a partir de sus cenizas, produce también una regeneración diferente.

Huellas del actor en peligro. Pedro Sorela. Madrid, Alaguara, 1991, 206 páginas

En una finca del altiplano andino un actor se encierra a escribir. Ha llegado allí para participar en el rodaje de una película. Pero la realidad de un país de enormes contradicciones lo envuelve en una trama cada vez más compleja y oscura. Tal situación contrasta con un asombroso paisaje, donde el sol no hace sombra, y con una naturaleza caprichosa que envía lluvias interminables.

Tres de Marzo y Todos los Santos son los escenarios de la historia, espacios cambiantes de una aventura donde la realidad y la ficción se confunden. Manifestaciones, muertos e incendios agravan la situación política del país e interfieren en el rodaje de la película. *Huellas del actor en peligro* es una visión, desde el asombro y el desconcierto, de la convulsa realidad política y social latinoamericana.

Sorela, autor también de *Aire de mar en Gador*, construye a lo largo de la narración la amplia metáfora del viaje y de la ficción del regreso, que es también la del mestizaje, afirmando así su innegable individualidad como escritor.

Una visión de América, la obra de Germán Arciniegas desde la perspectiva de sus contemporáneos. Varios. Com-